



## DEL DESEO A LA ESPERANZA

POR EL MARQUÉS DE LACY

Releía no hace mucho tiempo a Ortega. Su ensayo llevaba por título «DEMOCRACIA MORBOSA». Venía a decir algo así como esto: «*La democracia exasperada y fuera de sí; en religión, en arte, en el pensamiento, en el gesto, en el corazón y en la costumbre: es un gran peligro para nuestra Sociedad*». Imagínese a un vegetariano en frenesí que aspira a mirar al mundo desde lo alto de su «condición». Ese tal, en arte: desprecia lo que no sea un paisaje hortelano; en economía: es eminentemente agrícola; en religión; aspira a conectar con arcaicas divinidades cereales; en indumentaria: vacila entre el cáñamo, el lino y el esparto; en filosofía: se obstinará por propagar una botánica «trascendente». En realidad: ¿no sería un demente? Y no cabe duda, ese era el fin a que quería llevar a sus discípulos, el que fue gran maestro de sus días.

Hoy no es un peligro: es un mal, grave, para el que hay que pedir: diagnóstico primero, y tratamiento de choque inmediatamente después.

Apenas ayer y en «nuestra casa», bandas que ya van siendo conocidas *de asesinos*: segaron vidas españolas y foráneas. Manos desalmadas alimentadas de «razones» por *paranoias peregrinas* de sujetos soberbios e ignaros: actuaron de verdugos. Llega la hora en la que, Policía Judicial y Jurisdicción Ordina-



ria, vengan a requerir de la Sociedad a la que sirven: una auténtica siembra de «casas de orates», en las que recluir *el tiempo que fuese necesario*, a esa suerte de «locos morales» (como los llamó Lombroso), que vienen sembrando, sobre sus mentiras y con su odio, la sinrazón de esa barbarie desatada. ¿Qué hacer ante este panorama?

He ahí, que se dice, por no pocos y con aparente autoridad: que el problema estriba en «entender», «practicar» y en su caso «defender», LA DEMOCRACIA.

Se ha llegado a sacralizar de tal manera la palabra y el concepto; que, de lo que no es sino pura contingencia, se ha hecho NECESIDAD. Y lo que *como arbitrio goza de oportunidad y de conveniencia cuando las circunstancias lo requieren*; como dogma y con carácter universal: es un puro disparate.

Del peligro que anunciaba Ortega, al mal evidente en que estamos ya instalados: media un abismo. Tal, que es inexcusable: detener el paso, retomar la brújula y redescubrir el norte, antes de reanudar el camino.

Es cierto que un cáncer nos corroe. Y es necesario detenerlo antes de que rompa en metástasis que se expanda incontenible. No es tan difícil descubrir su causa ni aplicarle el remedio conveniente.

Aquí se erró —y gravemente— al entender que eso que se vino a llamar «Autonomías», habría de ser reproducción, en menor escala, de lo que en mayor era al cuerpo total de la Nación. Así se ha venido a contar con diecisiete Legisladores (quizás sea más exacto hablar de diecinueve), otros tantos Gobiernos, y aun como soporte de éstos: Legisladores y Gobiernos en cada Municipio. Y la verdad es que el espíritu que animó aquella «audacia»: no era malo. Hay que suponerlo incluso: «bien intencionado». Lo malo era cómo se hacía. También la ausencia en el quehacer, de los mejores. La falta de mayor sosiego. Se echó de menos más prudencia. Y de consuno todo ello, se deslizó la obra por un arriesgado camino de desintegración, que «deshermanó» pueblos y gentes. El «Proyecto Suggestivo», también de Ortega: devino difícil. Ese fue el punto de partida. La estación por la que ahora pasa un tren en aparien-



cia sin maquinista, sin frenos, sin destino: se antoja un punto decisivo. O se toma en marcha (la máquina del tren) y se recobra lo que un marino llamaría «gobierno», para que el rumbo querido se mantenga y no descarrile el tren entero: o se quiebra el «proyecto» —si lo hubo—. Que puede desintegrarse, ya sin remedio, lo que queda de un pasado excelente, que hoy se ignora y se desprecia. (¡Que habría que religar a él nuestro futuro!).

Un ilustre historiador decía, que tras perder «su tambor» Almanzor allá en Calatañazor: se abrió el camino de desintegración que alumbró en las TAIFAS conocidas, merced a lo que, providencialmente, cobró nuevo aliento la recuperación de la España que se había perdido en Guadalete. Claro que, desde aquella rota hasta en Tomár se restablece España, mediaron: tiempo (¡mucho!), esfuerzos (¡inmensos!) y un sin fin de pruebas; que sólo la ejemplar perseverancia de unas gentes singulares, ancladas en su Fe y animadas de esperanza inasequible a cualquier tentación de desaliento: explica que fuera ello posible.

¡Cuidado, cuidado!. Ahora esto es peor. Que ya andamos alejados de la Fe. Carecemos de entusiasmo. La esperanza se desdibuja ante nosotros. ¿Qué va a pasar si arraigan Taifas y se duermen los Ideales que hermanaron pueblos, familias, hombres, enderezados todos a cumplir el común destino de expandir la Buena Nueva de la Plenitud de los Tiempos?

Es verdad que la sangre testimonial es augurio de primavera en medio del más desolado invierno. Pero, ¿no habrá que sacudir conciencias, abrir mentes obtusas, «llamar» al corazón a empresas de mayor calado?. Porque hacer que el «mártir» lo sea de «la democracia», me parece, ¡tan pobre!; que se me antoja degradarlo del alto pedestal al que le alzaron los propios verdugos que segaron su vida. *Es más* (¡mucho más!), que testigo de algo contingente, al fin circunstancial, por muy importante que hoy lo hagamos. De algo que, *ex abundantia*, no es unívoco en el origen del vocablo: ni en su concepto y en el fin que se persigue cuando lo nombramos.



Desbrócese la última raíz de estos sacrificios ejemplares, que allí está: la fe en la condición fraterna de los hombres, explicitada en su misma filiación divina; la sumisión que aquí se profesó, ¡durante tanto tiempo!, a una alta vocación; la tradición excelente de todos nuestros pueblos. Y algo más sobre todo: el ANHELO DE DIOS. Que de él nace el amor a la Justicia y por ella se busca y se defiende la Verdad. De ese afán vehemente surgen los proyectos de una solidaridad, que nunca fue como hoy tan invocada, y nunca como hoy tan maltratada.

No es cuestión de sufragios. No al menos es ese el problema más importante. Se trata de algo más: más hondo en su origen y más lejano en su proyección. Habrá que descubrir raíces y sembrar proyectos. *Hay que rehermanarnos: ¡y ya!*

Se yerra de este modo: porque se ha falseado la historia; porque hemos dejado de pensar, y ocurre que en desprecio de nosotros mismos, arrumbamos una tradición inigualada, y traemos foráneas novedades. No hay ya capacidad crítica ninguna; y en una sociedad de masas, venimos a perder: creencias y opiniones. También la vista se nos nubla y pronto surgirá —si no se pone remedio—, inesperadamente y cortando el horizonte: un frontón insuperable, donde se estrellarán las pobres utopías sobre las que ahora cabalgamos.

¡Buscar la verdad y redescubrirla!. Es tan sencillo..., que no se acierta a entender cómo y por qué razón andamos a tientas y en la oscuridad, añorando la luz y comulgando con ruedas de molinos.

Si se deja atrás a la Babel que levantó la soberbia y se ahonda en las vetas por las que fluye el agua que se intercambia en los acuíferos profundos; no se tardará en descubrir la intercomunicación que otrora hubo. Y hombres y pueblos, podrán hermanarse de nuevo —que ese es su natural Ideal y su destino—; se derribarán muros y se allanarán fronteras.

¡Enterremos de una vez por todas: hachas, serpientes y tantas estulticias! Que si no se sabe salir de ese atolladero, habría que recordar que la VIOLENCIA es justa; precisamente cuando por ella se restaura la armonía, si se ejercita por quién ostenta el poder para hacerlo, *con legitimidad* —en su origen y



en su ejercicio—. Y no sólo eso: sino que puede ser inexcusable.

Quiera Dios que sepamos estar todos a la altura del deber que cada tiempo reclama. Que no haga falta más violencia legítima, que la indispensable para aplastar las cabezas de hidras que intempestivas afloran en función homicida. Pero si fuese necesario: que se allane el camino de la paz, que pasa por la justicia, reverso de la medalla cuya cara es el orden. Orden que existe cuando cada quién y cada qué, vienen a estar: en su lugar y a su tiempo.

Y en tanto se alcanza esa victoria: respetemos a los que caen bajos las nuevas hachas criminales, conservándolos en lo alto del pedestal reservado a los héroes y a los mártires. Que eso son —y no otra cosa— si, como estoy seguro: murieron para que nosotros vivamos pudiendo el Gran Regalo, si es que hacemos libremente: aquello que debemos.

Dejémonos ya de garambainas y pamplinas; los que caen vilmente asesinados: lo hacen para que nosotros sepamos establecer un mundo mejor; sin odios ni rencores; sumisos a la Verdad; asentados en la Justicia; desbordantes y desbordados de comprensión y de indulgencia; en prosecución de un mundo en el que la convivencia alumbre relaciones fraternas; y *en el que no quepan ni perversas inducciones ni locuras criminales*. Respóndase a eso: *con honradez*, sin evasiones, haciendo en cada caso aquello que procede, CUALQUIERA SEA SU PRECIO; *que eso ya no importa para nada*.

Y como a la Nobleza, a la de sangre, a la Hidalguía, cabe pedirle en cada circunstancia histórica que venga a comportarse, precisamente, como la ocasión requiera: parece importante recordar, que ella deviene de la «notabilidad» de quien fue cabeza de su linaje, que por ser *notable* devino en «notorio» y fueron, —*notabilidad* recibida y «*notoriedad*» alcanzada— ambas (circunstancias) sucesivas y concurrentes al fin, *las que alumbraron su nobleza* que fue, en generaciones subsiguientes: vidas en FAMILIARIDAD con la *excelencia*. Vidas que no habían de revalidar necesariamente en cada caso; ni la virtud excelsa, ni el valor heroico, ni el saber sublime, que desprendieron sus abuelos.



Era y fue bastante, «respirar» el aliento de la excelencia; para que, revestidas de la pátina del tiempo, sabiendo cada quién cuál fue su origen, (extraídos de las «soleras» que recibieron de sus respectivos «criadores», los «caldos» que en cada ocasión requirió): llenasen de señorío sus ámbitos vitales. «Señorío» que no fue más que «comedimiento» natural y, *bien estar*; predisposición al SERVICIO, con convicción de que lo que importa es DAR, (que es mejor que recibir). Y así, llegados a este día, aprestarse: REAVIVAR el «proyecto sugestivo» del que hablase Ortega. Venir a proyección de un pasado brillante hacia un futuro que hacer. (Que hoy tenemos en trance de ruina lo que ha sido tarea de mil generaciones a través de muchos siglos).

Por eso; frente a las «TAIFAS» que hoy se proclaman y se quieren; cada familia noble habría de ser: *un fortín inexpugnable*; un ALCÁZAR, y si fuera necesario, un SIMANCAS. Pero antes de llegar a horas heroicas, empiécese por la conducta, consonante y adecuada con el desafío ya provocado (que palabra y pluma son las armas de este día). A todo ello sin embargo, habrá de preceder el pensamiento; que no en vano, sea. Y como «vivir es defenderse»: afronte ello, en servicio del bien común y una vez más, la Nobleza de estos pagos, cooptando y asumiendo en su seno a lo mejores y, con ellos y apiñados; (el corazón abierto yalzada la mirada, aún más alto el pensamiento): véngase a taponar las vías de agua que amenazan con hundir esta nave, España, concebida en el Tercer Concilio de Toledo, amasada y hecha por la Iglesia, «perdida» tempranamente en Guadalete, «resurgida» en Covadonga, viva de nuevo *en tensión y en riesgo* hasta ser redescubierta y reconocida en Granada, fruto de su perseverancia, que alcanzó insospechada e inigualada gloria en el «Descubrimiento» —que fue su plenitud—, *llegando a su recuperación vital, en Almairín y Tomar*. Aún es tiempo de reagrupar esfuerzos y aproar la singladura interminada: manteniendo el rumbo hacia el puerto de arribo, el de la Gloria que se reserva a los que son fieles al empeño de servir altos destinos.

Que sería traición «desencuadernar» el barco en el que navega con nosotros todos, *el proyecto sugestivo* de una vida en



común y enderezada: a *servir* la Justicia, *honrar* a la Mujer, «elevant» al Pobre, *defender* al Oprimido y, en suma, trastocar asperezas en sonrisas, temor en esperanza, egoísmos en donaciones generosas, en amor el odio, y en derroche de valor tantas y tantas cobardías.

Que cristiano y caballero, el Noble (el español desde luego): habría de rendirse siempre a los Altos Ideales y, por ellos, arriesgar vida y hacienda. Y hoy es hora de poner en juego cuanto sea, porque un mundo paradójico, abandone el camino que le lleva a morir ignominiosamente, ahogado en su egoísmo, epicúreo, olvidada por los hombres que lo integran la común filiación de todos ellos, en la que radican su dignidad y su grandeza. Que habría que salvarlo —a ese mundo— a cualquier precio y ahora mismo.

Que en la conmemoración próxima de la Resurrección de Cristo, puedan oírse campanas que toquen: a rebato, a congregación y a esperanza; todo a un tiempo. Y que, si así fuera: ¡no se falte a su llamada! *El precio de la empresa, cualquiera sea, no es comparable a la gloria a obtener por ella.*

Probablemente y en cualquier caso: sea ese el deber primero de esta hora. Deber inexcusable para aquellos que, integrantes de un mismo cuerpo, participan del igual espíritu que animó a los suyos. El que fue común de sus ancestros, por quiénes, cada uno, ondea hoy la condición que le asiste y que, (cada cuál) invoca. ¿O es que ya no queda lugar a la esperanza?. ¿Acaso no cabe que surja de la «caja pandórica», de súbito, talismática, «*reina de la luz*», como Rubén cantaba: la CELESTE Esperanza?

¡Que en su nombre se venga, a descubrir como nuevo, el glorioso pasado; a cantar el futuro que con él nos engarce; a allanar los caminos que conducen sobre «justas calzadas», a *oasis de paz* y rica armonía!

¡Es hora de eso!. Pero urge respuesta. Que nadie, ¡por Dios!, viniese a negarla.

(Que «la Nobleza obliga»: es hoy exigencia).

INSTITUTO NACIONAL DEL CATASTRO

EPIFANIO BORRERO GARCIA

COLECCION  
DE PASAPORTES  
HERALDICOS

TOMO I



MADRID  
Heliografos  
1986